

REFLEXIÓN QUINTA: Marta y María, contemplación y acción.

Introducción:

Los primeros pasos de Vicente de Paúl estuvieron siempre acompañados por mujeres. Esto nos hace pensar en todas aquellas mujeres que también acompañaron a Jesús desde el comienzo de su predicación en Galilea. Es interesante recordar a dos de ellas: Marta y María, las hermanas de Lázaro, el amigo de Jesús. Ambas hospitalarias, e igual que su hermano, amigas también de Jesús, aunque las dos de carácter muy diverso. En estas dos hermanas observamos, en una: el trabajo–acción, y en la otra: la contemplación–oración. Fijémonos hoy en Marta y María.

Desarrollo del tema:

En la AIC, una Asociación casi totalmente de mujeres, dado que nuestro servicio va dirigido en gran parte también hacia mujeres, podríamos aprender mucho de estas Mujeres Bíblicas que encontramos tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Indiscutiblemente, nuestro primer modelo a seguir es nuestra Madre del Cielo, la Virgen María, símbolo y prototipo de toda mujer. La grandeza de María, proclamada “bendita entre las mujeres” (Lc. 1,42), consiste en aquello de lo que puede gloriarse toda mujer: en su capacidad de acogida y de entrega. María fue la mujer humilde y confiada, la “esclava del Señor” (Lc. 1,38).

Entre dichas Mujeres Bíblicas tenemos estas dos hermanas: Marta y María. En ellas vamos a fijarnos en esta reflexión para aprender cómo deberá ser nuestro actuar, nuestro servicio, nuestra entrega vicentina y, al mismo tiempo, nuestra meditación y escucha de la Palabra del Señor. Marta era la mayor y ejercía las funciones de ama de casa. Una mujer activa, locuaz, inquieta y servicial; esmerada en los detalles; era la que preparaba la comida y servía a la mesa; siempre atenta con el huésped; si se quiere confianzuda y espontánea; no le importaba aparecer como respondona y hasta terca en algunos momentos.

A su lado, María: más joven, pero también más serena y callada, y hasta romántica si quieren, y permanecía sentada a los pies del amigo Galileo, toda ella prendida escuchando la palabra del Rabí. Estas hermanas nos enseñan, que sus experiencias de vida son válidas para nuestro tiempo, ya que tenemos que trabajar mucho en cualquier lugar, en nuestros Centros, con nuestros proyectos, atentas a luchar contra las pobrezas, cultivando nuestra fe, unidas siempre, en todo lugar y momento a nuestro Señor Jesucristo, como nos decía San Vicente: “Señor, si tú estuvieras en mi lugar: ¿Qué harías en esta ocasión?” (SVP XI, 348; ES XI, 240).

ÉL nos recomendaba también tener constantemente presente nuestro encuentro con Cristo en la oración; daba una particular importancia a la oración, y decía: “la oración es para el alma lo que el alimento para el cuerpo” (SVP IX, 416; ES IX, 381). Según el proyecto de San Vicente: “Asistir espiritualmente y corporalmente a los pobres”, nos obliga a honrar el amor de Nuestro Señor en las personas que viven en situación de pobreza; y ahondando en la espiritualidad vicentina, nos impulsa a formarnos y prepararnos para responder a las actuales pobrezas.

Asistir a nuestros hermanos tanto corporal como espiritualmente, significa animarlos a fin de que ellos mismos se impliquen activamente en su propio desarrollo y en el de su comunidad, y que obtengan su “empoderamiento”. “Los pobres nos evangelizan” (Coste XI, 201) nos decía también Vicente, queriéndonos expresar con esto que tenemos que crear una buena relación entre las personas que ayudan y las que son ayudadas. Igualmente nos sugería que debemos defender sus derechos junto con ellos tratándolos de igual a igual.

No podemos olvidar que nuestros proyectos deben ser proyectos que transformen la vida de los excluidos. Como Cristo, Vicente de Paúl, quería aliviar las miserias del momento, pero, como hacía también Cristo, atacando las causas de las pobreza. Tampoco debemos quedarnos solamente en lo piadoso: no basta ir a todas las reuniones, rezar todas las oraciones, ir a todas las eucaristías. Si no servimos a nuestros hermanos que viven en situación de pobreza, no seremos auténticas, no habremos aprendido lo que es amar a Jesús, a ese Jesús que se quedó en la Eucaristía, pero que antes sirvió a sus discípulos.

En la Escritura aparecen ambas cosas: **La Eucaristía y el Servicio**. Pero quien crea que una cosa es más o menos importante que la otra está interpretando mal. Tan importante es la una como la otra; con ambas cosas es que podremos ser auténticas Voluntarias de la Caridad y hacer por amor las cosas que nos corresponde realizar porque Jesús hizo ambas.

El amor tiene que ser servidor y se demuestra sirviendo. Jesús lava los pies de sus discípulos en la última cena. Tres cosas son permanentes: la fe, la esperanza y el amor; pero la más importante de las tres es el amor. La vida del cristiano, primero se llena de la Palabra de Dios, y luego se pone al servicio de los hermanos. Una cosa sin la otra no es posible. Pero una, el encuentro con el Señor, es fundamento de la otra. Que aprendamos a conjugar la acción con la oración. Que sepamos equilibrar una parte de Marta con la otra de María.

REFLEXIÓN PERSONAL O COMUNITARIA:

1. MEDITEMOS estas frases de San Vicente de Paúl: “Qué poco se necesita para ser santa: hacer en todo, la voluntad de Dios”; “Dios nos llama a hacer oración y al mismo tiempo nos llama a atender a aquel pobre enfermo. Si tenemos que dejar la Misa por atenderle, no pasa nada... Eso se llama dejar a Dios por Dios”

2. COMPARTIMOS:

- El significado que tiene para el grupo la PALABRA DE DIOS,
- Cómo la Palabra de Jesús en el Evangelio nos impulsa al servicio
- Cómo podemos reflejar mejor la bondad de Dios en nuestro servicio.

Oración: Dios todopoderoso y eterno, que llenaste de caridad el corazón de San Vicente de Paúl, escucha nuestra oración y danos tu amor. A ejemplo suyo, haznos descubrir y servir a Jesucristo, tu Hijo, en nuestros hermanos pobres y desdichados. Que en su escuela aprendamos a amarte a Ti con el sudor de nuestro rostro y la fuerza de nuestros brazos. Amen.